

**Nueva Izquierda y prensa gráfica
durante la segunda mitad del Siglo XX**

Pablo Ponza

Universidad Nacional de Córdoba

Introducción

Para avanzar en una reflexión general sobre la trayectoria de la *Nueva Izquierda* argentina y sus revistas político-culturales, vamos a identificar y agrupar las publicaciones a base de tres criterios. El primero, las define por su pertenencia a un colectivo social y culturalmente diverso, con límites difusos, pero cuyos contornos pueden ser recortados a partir del rechazo que expresaron frente al dogmatismo organizativo y conceptual de la izquierda clásica, representada entonces por el Partido Comunista Soviético (PCUS).¹ Desde entonces, añade Tarcus (1996), estas publicaciones y sus editores quedaron unidos sin proponérselo, no sólo por su espíritu crítico respecto de la izquierda tradicional, sino también por su compulsión al análisis e interpretación de la realidad argentina.

El segundo criterio de selección de revistas consiste en su evocación revolucionaria, una idea que las recorrió transversalmente, postulando e imaginando un horizonte de transformación radical de las estructuras económicas, políticas,

¹ Recordemos que tras su XX Congreso (1956) la legitimidad del PCUS quedó desacreditada, pues allí se denunció el carácter totalitario del stalinismo, la persecución del disidente y el control policiaco de todo pensamiento crítico. Este hecho marcó un parteaguas para quienes criticaban el despotismo en los modelos de conducción política.

culturales—e incluso morales y psicológicas—del modelo de explotación capitalista. En este sentido, entre los múltiples debates que tuvieron lugar en las revistas, sobresalen (a nivel local) la proscripción y la reivindicación de la experiencia peronista de izquierda (a nivel continental) la revolución cubana, y (a nivel internacional) el proceso de descolonización que atravesaba entonces Asia y África, en tanto casos testigos de una marcada preocupación por problematizar *la política* como herramienta de transformación.

Si bien dentro del seno de la *Nueva Izquierda* hubo diversas vertientes: marxistas, peronistas y nacionalistas, dicha distinción no es ni homogénea ni excluyente a nuestros fines, pues existió un dinámico intercambio de significaciones que terminó por integrar un lenguaje y consolidar un mismo campo de pertenencia ideológica. De hecho, el intercambio conceptual fue consustancial a un movimiento político, social e intelectual de naturaleza contestataria, rebelde y renovador respecto de los referentes liberales-conservadores más tradicionales, en especial, en cuanto al modo de considerar la cultura como forma de intervención política. Por ello, el tercer y último criterio de selección de revistas radica en su concepción de la política y la cultura como dimensiones superpuestas y anticipatorias de un horizonte imaginado. A diferencia de lo que ocurrió luego con la institucionalización departamentalizada o compartimentada de las modernas Ciencias Sociales, en estas publicaciones política y cultura eran considerados planos constitutivos de un mismo tándem, y no campos ajenos o sistemas descentrados. Podemos listar algo más de setenta publicaciones editadas entre 1955 y 1976 que cumplen con los tres criterios indicados. No obstante, en ese universo de revistas se advierten al menos tres diferentes linajes o zonas de incitación teórica. Un primer espacio compuesto por aquellas revistas con intereses eminentemente culturales, pero que estuvieron atravesadas por una fuerte preocupación política. Este fue el caso de *Contorno* (1953-1959), *El Grillo de Papel* (1959-1960), *El Escarabajo de Oro* (1961-1974), *Cuestiones de Filosofía* (1962), *Hoy en la Cultura* (1961-1966), *La Rosa Blindada* (1964-1966), *Literatura y Sociedad* (1965), *Gaceta Literaria* (1956-1960), *Los Libros* (1969-1976), *Literal* (1973-1977) y *Crisis* (1973-1976 y 1986-1987).

Un segundo territorio constituido por aquellas producciones que dieron mayor protagonismo al análisis políticos de coyuntura, pero con claros ribetes culturales, como fue el caso de *Capricornio* (1954 y 1965), *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (1958-1966), *Che* (1960-1961), *Pasado y Presente* (1963-1965 y 1973), *Nueva Conciencia* (1964), *Diógenes*, *Fichas de Investigación Económica y Social* (1964-1966), *Cuadernos de Crítica* (1965), *Debate*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo* (1968), *Antropología del Tercer Mundo*, *Kairós*, (1968-1970), *Jerónimo* (1968-1974), *Envido* (1970-

1973), *Patria Nueva* (1973-1974), *Cuadernos de Polémica, Discusión, Chau, Esto Es, Ya, Liberación, Mar Dulce, No Transar, Nuevos Aires, Nueva Política, Nueva Presencia, Propósitos, Somos, y Revista de la Liberación* (1973-1976).

Y, por último, un tercer espacio o grupo compuesto por revistas de notoria cercanía con organizaciones sindicales, políticas y/o político-militares que funcionaron como foros u órganos de difusión política, donde los temas culturales tuvieron una presencia periférica y se diluyeron en directa proporcionalidad con la radicalidad que fue adquiriendo el contexto político de la época. Este fue el caso de *Lucha Obrera* (1955-1956), *Socialismo de Vanguardia, Política* (1961), *El Obrero* (1962-1963), *Vanguardia Revolucionaria* (1963), *Cristianismo y Revolución* (1966-1971), *Qué Hacer* (1971), *Espartaco* (1971), *El Combatiente* (1969-1977); *Estrella Roja* (1971-1977); *Nuevo Hombre* (1971-1974); *Plática, Táctica* (1973), *Revista de la Liberación* (1973-1974); *Izquierda Nacional, El Popular, Democracia Popular, Pueblo Unido, Situación, Soluciones, Trincheras de la Juventud Peronista, Voz Popular, Militancia Peronista* (1973-1974), *De Frente* (1974), *El Descamisado* (1973-1974), *Movimiento* (1974), *Con todo* (1974), *El Peronista, Lucha por la Liberación* (1974), *La Causa Peronista* (1974), *El Auténtico* (1975); y *Evita Montonera* (1975-1979).

En cuanto a la periodización que nos permita anclar la trayectoria de transformaciones observadas en una perspectiva de larga duración, proponemos dividir esquemáticamente la segunda mitad del Siglo XX en 4 sub-períodos: 1955-1976, 1976-1983; 1983-1989 y 1989-1999. Si bien estos sub-períodos remiten, respectivamente, al nacimiento/desarrollo, persecución; transición, y posterior desintegración de la *Nueva Izquierda*, cabe subrayar la atención que vamos a dispensar al primero de los sub-periodos, pues allí se condensa no sólo la mayor expansión y creatividad de las revistas, sino también la máxima vitalidad y optimismo de un movimiento socio-cultural que bregó infructuosamente por articular una alianza estratégica y sólida entre intelectualidad y clase trabajadora.

Asimismo, sabemos que es factible parcelar el sub-período 1955-1976 en tres etapas: a) 1955-1966, b) 1966-1973, y c) 1973-1976, en tanto secuencias trágicas de una paulatina e incesante espiral de radicalización y violencia, cuyo ascenso fue fogueado por la creciente intervención autoritaria de las Fuerzas Armadas sobre la vida política, social, económica y cultural de la población. La primera de esas etapas: 1955-1966 consigna el derrocamiento de Perón y la posterior proscripción del Partido Justicialista (1955 y 1956 respectivamente), el golpe de estado a la gestión Frondizi (1958-1962), el interregno de Guido (1962-1963), y el derrocamiento de Illia (1963-1966).

La segunda etapa: 1966-1973 se abre con la asunción de Onganía (1966), que extendió la clausura del juego político-electoral a todas las fuerzas partidarias, propiciando una convergencia anti-dictatorial amplia que expresó su máxima efervescencia durante episodios como El Cordobazo (1969) o El Viborazo (1971), hechos que favorecieron el desborde de la *Nueva Izquierda* hacia consignas anti-sistema, incentivadas por las direcciones obreras clasistas y una guerrilla que apostó cada vez con más ahínco por la tesis de la hecatombe pre-revolucionaria.

Por último, la tercer etapa de este sub-período: 1973-1976, consigna la reintroducción de los conflictos en el marco de las instituciones democráticas junto a un peronismo bifronte, carcomido e irreconciliable en su unidad interna, que terminó por enfrentar sus expresiones de derecha e izquierda en una guerra inútil por la supremacía del poder, ya que poco tiempo después—sin distinciones ni sutilezas—caería sobre todos por igual el pesado telón del terrorismo de estado (1976-1983), dando por finalizado el trayecto más luminoso y prometedor de la *Nueva Izquierda*.

Antes de avanzar en el análisis cabe recordar que el sub-período 1976-1983 registra un oscuro paréntesis de persecución y muerte, un apagón de las experiencias sociales, políticas y culturales liberacionistas que latieron durante las décadas previas. Por su parte, la transición a la democracia encabezada por Alfonsín entre 1983-1989 marcó la reinsertión a la vida pública de diversos elementos de la diezmada *Nueva Izquierda*, cuyas convicciones—en especial las de su espectro más decididamente revolucionario—entraron en un rápido proceso de desintegración. Sin duda la llamada transición fue un tiempo de revisión, de refundación política, cultural y subjetiva, pues quien logró salvar el pellejo se vio obligado a reciclarse y re-incorporarse a la vida pública haciendo *mea culpa* de las prácticas radicales del pasado, y re-significando positivamente el sistema democrático. Por su parte, quienes optaron por la fidelidad a las visiones y métodos del pasado quedaron estereotipados, estigmatizados y ajenos a los aires políticos que imprimió la llamada transición. Finalmente, el último sub-período de la segunda mitad del Siglo XX consigna la disolución del horizonte revolucionario, puesto que 1989 no sólo fue un año bisagra caracterizado por la consolidación del proyecto neo-liberal menemista en la Argentina, sino también por la caída del Muro de Berlín a nivel internacional, en tanto señal inequívoca y sin fisuras del nuevo paradigma en el que se desenvolvería el mundo occidental a partir de entonces.

Algunas características y coincidencias entre las revistas de la Nueva Izquierda

En los últimos años se han publicado varios ensayos sobre revistas político-culturales o ensayos que utilizan las revistas político-culturales como fuentes para reflexionar sobre el pasado reciente, en especial sobre las décadas de 1960-1970 y la llamada transición a la democracia (1983-1989). En cuanto a revistas, el rol de los intelectuales y la Nueva Izquierda, hubo dos textos que inicialmente marcaron la agenda del debate en torno al tema. Nos referimos a *Intelectuales y poder en Argentina* de Silvia Sigal (1991) y *Nuestros años sesenta* de Oscar Terán (1993), textos al que se sumó luego *Peronismo y cultura de izquierda* (2001) y *Bajo el signo de las masas* (2001) ambos de Carlos Altamirano.

Desde entonces, y más allá de las entradas y enfoques alternativos que aportaron estudios posteriores, hay tres cuestiones en las que el arco científico ha mantenido ciertas coincidencias. En primer lugar, que las revistas pueden ser consideradas “un espacio dinámico de circulación de discursos altamente significativos” (Patiño y Schwartz, 2004: 647). En segundo término, que es legítimo considerarlas “documentos de cultura” que nos permiten “disecar un determinado estado del campo intelectual en un período” histórico (Beigel, 2003: 105). Y, tercero, que desde mediados de 1950 y hasta el retorno de la democracia en 1983, las revistas fueron el soporte fundamental para la constitución del periodista, escritor e intelectual, ya que permitieron la difusión de la palabra en una dimensión pública amplia, habilitando no sólo la circulación de voces e ideas, sino también la conformación de redes de debate (Gilman, 2003). En este sentido, las publicaciones político-culturales habrían funcionado como un escenario de socialización alternativo a las instituciones oficiales y como un canal de enunciación creado deliberadamente para problematizar, debatir, opinar e intervenir en el campo intelectual argentino.

De las poco más de setenta publicaciones consignadas en la introducción advertimos que *Contorno*, *El Escarabajo de Oro* y *Los Libros*, por un lado; y *Estrella Roja* y *El Combatiente*, por otro; fueron las únicas revistas que lograron atravesar la barrera de los cuatro años consecutivos e ininterrumpidos de vida. Esto nos conduce a pensar que la existencia casi siempre marginal e incluso efímera de las revistas puede ser atribuida básicamente a dos grandes causas. En primer término, a la censura y persecución selectiva de las fuerzas represivas del estado, y, en segundo lugar, a problemas financieros. Si bien la acción represiva de las distintas gestiones—fueran civiles o militares—se desplegó sobre todo el espectro, sin duda la violencia paraestatal acentuó su intensidad sobre aquellos proyectos editoriales vinculados a organizaciones sindicales, políticas y político-militares más radicalizadas. Por el

contrario, en aquellas zonas eminentemente culturales—fueran artísticas, literarias o filosóficas—la incidencia de la violencia fue comparativamente menor. No obstante, puesto que no es posible desvincular finanzas de represión, ni soslayar los obstáculos económicos derivados del estrangulamiento político, cabe subrayar que la dificultad para gestionar recursos impactó tanto en el modo de producción casi artesanal de las publicaciones, como en sus tiradas y en una distribución que quedó acotada a los circuitos culturales, académicos y/o políticos de mayor cercanía ideológica y territorial.

De allí que las publicaciones de la Nueva Izquierda, a excepción de *Crisis*², desarrollaran su actividad al margen de los medios gráficos comerciales y de alcance masivo como los diarios *La Nación*, *La Opinión* o el semanario *Primera Plana*, sólo por mencionar tres publicaciones exitosas del *establishment* periodístico liberal-conservador de entonces, ni tuvieron un papel protagónico tanto en el sistema de partidos legalizados, como en la escena sindical de la época. Dichas características nos permiten inferir que su actuación fue relevante únicamente en términos de irradiación ideológica sobre un público mayormente compuesto por una clase media ilustrada, joven, urbana y con buen acceso a esta clase de productos culturales.

En cuanto a contenidos, una característica compartida por todas las revistas fue el uso de los manifiestos iniciales o las editoriales como matriz de decodificación de hechos y episodios de coyuntura. Tanto los manifiestos como las editoriales funcionaron como instrumentos destinados al discernimiento y la valoración de la realidad política y cultural nacional, continental e internacional. Analizadas en perspectiva, ambas herramientas nos permiten acceder a las significaciones más profundas del microcosmos ideológico del colectivo editor, cuyos matices ético-intelectuales se desplegaron con desenfado, tono audaz y espíritu transgresor.

La retórica argumental de las revistas y sus tres aparatos conceptuales

Hubo tres grandes corrientes de pensamiento que nutrieron la retórica argumental y el aparato conceptual de las revistas. Se trata de tres discursos

² *Crisis* fue un impresionante éxito comercial que compitió en igualdad de condiciones e incluso superó a revistas del *establishment* conservador-liberal como *Primera Plana* o *Panorama*, pero cabe aclarar que desarrolló su actividad entre 1973 y 1976, es decir, en el interregno democrático abierto entre las dictaduras de 1966-1973 y 1976-1983, período en el cual la represión para-estatal menguó su actividad. En 1976 fue clausurada, su director ejecutivo Federico Vogelius secuestrado, torturado y exiliado. Miembros de su staff como Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Francisco Urondo, Roberto Santoro, Raymundo Glayzer y Miguel Ángel Bustos, fueron secuestrados y aún permanecen desaparecidos, mientras que Eduardo Galeano (director editorial), Juan Gelman, Vicente Zito Lema, Osvaldo Bayer, Miguel Bonasso, entre otros, se vieron forzados a vivir en la clandestinidad y finalmente optar por el exilio para salvar sus vidas.

característicos de la época cuyos matices significantes estuvieron íntimamente interconectados entre sí, aunque por razones expositivas vamos a abordarlos por separado. Nos referimos, en primer lugar, al marxismo-humanista en clave nacional-popular, un discurso que por sobre todas las cosas dio centralidad a la acción política subjetiva en desmedro del supuesto carácter objetivo y eminentemente economicista que había primado, hasta entonces, en las interpretaciones clásicas u oficiales de la doctrina marxista.

En estos años se dio una auténtica crítica del marxismo desde el marxismo, se recuperaron pensadores denostados por el stalinismo como Gramsci, Lukács, Korsch, Luxemburgo, Bujarin, Grossman, Bernstein, Kautsky, Pannekoek, Bauer, Chayanov o Ber Borjov, y donde se agregó el auge de la Escuela de Frankfurt dando lugar a una intensa relectura de las obras clásicas de Engels, Lenin, Trotsky, Mao Tse Tung, así como a la obra del primer Marx, donde se potenció su carácter humanista e historicista. Cabe destacar aquí una singularidad propia de la Argentina, que denota una inusitada recepción del pensamiento de Gramsci, en buena medida por la afinidad cultural e intercambio intelectual entre algunos destacados cuadros del PCA como Héctor Pablo Agosti y del PCI como Palmiro Togliatti. Agosti, además de un prominente miembro del buró político del PCA era director de la revista *Cuadernos de Cultura* y formador político de José María Aricó, Juan Carlos Portantiero, entre otros jóvenes destacados que posteriormente romperían con el mecanicismo pro-soviético sirviéndose, precisamente, de la funcionalidad de conceptos típicamente gramscianos como el de hegemonía, que daban una importancia fundamental al rol de los intelectuales y la cultura en el proceso de transformación social.³

Con el correr de la década revistas como *Pasado y Presente*, *Los Libros*, *La Rosa Blindada*, *Fichas de Investigación Económica y Social* o *Cuestiones de Filosofía*, se convirtieron en difusores de la literatura y el pensamiento de Gramsci, al tiempo que plasmaron una clara distinción entre lo que Marco Aurelio Galmarini, León Sigal, Jorge Lafforgue, Arthur Gianotti y Eliseo Verón definieron en 1962 como un marxismo verdadero y un marxismo de aficionados. Verón, por ejemplo, reivindicó

³ El concepto de hegemonía dio un novedoso protagonismo a una hipotética unidad nacional de las clases dirigentes en el Estado, con el fin de convertirlo en el centro de constitución de un aparato hegemónico que asegurase la implantación del socialismo. Gramsci pensó que esto sólo era posible a partir de la reconstrucción de la historia política de las clases, del reconocimiento de sus formas de conciencia, de sus propios modos de organización y de la relación entre intelectuales y clases populares, pues concebía la sociedad como un producto formado históricamente y como tal debía ser investigado y aprehendido mediante la articulación de cuatro componentes esenciales: la economía, la historia, la política y la filosofía. El marcado interés histórico que despertó Gramsci tenía motivaciones políticas, pues se consideró que el conocimiento del pasado era una ayuda estratégica para el desarrollo consciente de las fuerzas sociales en el presente.

su validez como teoría y práctica revolucionaria pero también como instrumento de análisis histórico y sociológico. La idea de los dos marxismos: uno preciso, erudito o profundo, y otro superficial, coloquial o para aficionados, al igual que Jorge Sagastume (seudónimo de Jorge Schvarzer) en “Buenos Aires, vida cotidiana y alineación”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año1, N°5 (marzo), Buenos Aires, 1965, p. 62; y Eliseo Verón en “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, Año1, N°2-3, Buenos Aires, 1962, p. 13. En este sentido, Terán (1993) ha indicado que el humanismo historicista fue uno de los rasgos centrales de la cultura de la época, pues el marxismo constituyó un género del humanismo que fue entendido como concepción moderna del sujeto en tanto árbitro de sus propias prácticas.

En segundo lugar, la impronta humanista y el intercambio entre la corriente existencialista sartreana y el materialismo histórico, no sólo constituyó un dispositivo argumental fácilmente identificable, sino que definió el rol contestatario de las revistas. Cada revista a su tiempo repitió lo que Hugo Rodríguez Alcalá decía en “Existencia y destino del hombre”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Quinta época, año 5, N°1, Buenos Aires (enero-marzo) 1960, p. 21: “El hombre es primero un proyecto que se vive subjetivamente; nada existe antes que este proyecto; nada hay en un cielo inteligible, y el hombre será lo que ha proyectado ser”. O como indicó Oscar Masotta en “La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache”, en la revista *Centro*, Tercer Trimestre, N°13, Buenos Aires, 1959, p. 71; el destino no es otra cosa que un proyecto forjado por los hombres.⁴

Es posible que el existencialismo en clave sartreana fuera el posicionamiento intelectual más ampliamente compartido por las revistas, no sólo por su carácter crítico, contestatario, denunciante, díscolo y rebelde frente al conservadurismo liberal tradicionalmente refractario de las causas populares, sino fundamentalmente por su compromiso explícito e incontenible con la transformación de las injusticias, que impregnó tangencialmente las diversas zonas de la Nueva Izquierda. Si bien hubo notables difusores como Oscar Masotta, los hermanos David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebrelli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrick, Rodolfo Kush, Ramón Alcalde, Eliseo Verón, Abelardo Castillo, a través de revistas como *Verbum, Ciento y Una*,

⁴ La imagen de intelectual idealizada por Sartre quedó impresa en *¿Qué es la literatura?* (1948), un texto de cabecera para los jóvenes intelectuales de esos años, donde se caracteriza dicha figura como un hombre que no reduce su actividad al saber técnico o específico del especialista o experto, sino que apela a un sujeto que se convertiría en intelectual precisamente a partir de su compromiso con una función social, con el rol de portavoz de una conciencia humanista y universal que se distingue más allá de las fronteras y las nacionalidades.

Centro, Contorno, El Escarabajo de Oro, Revista de la Universidad de Buenos Aires, Cuestiones de Filosofía, Literatura y Sociedad, Envío o *Gaceta Literaria*, que adoptaron el existencialismo como enfoque filosófico predominante, su estirpe—en mayor o menor medida—se incorporó a todo el paisaje político-cultural del período.

Por último, el tercero de los matices significantes que circuló transversalmente por las revistas se desprende de la inédita sensibilidad por los pobres que emergió de las interpretaciones teológicas, litúrgicas y pastorales -en clave latinoamericana y liberacionista- de la II Conferencia General del Concejo Episcopal Latinoamericano (Celam), celebrado en Medellín en 1968. Dicha conferencia se inscribió en las recomendaciones del Concilio Vaticano II, por iniciativa de Juan XXIII (1962) y Paulo VI (1965), quien exhortó en Medellín a los obispos de su directiva a sensibilizarse y asumir una visión crítica frente al subdesarrollo y sus causas en América Latina, en tanto requerimiento indispensable para la acción pastoral de la Iglesia en esta parte del mundo. Para Catoggio (2016), el ejemplo más representativo de la acción católica renovadora en clave liberacionista, nacional y popular, fue el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), fundado ese mismo año por Helder Pessoa Cámara junto a dieciocho obispos latinoamericanos. Según Morello (2003), desde su nacimiento el MSTM adoptó una perspectiva secular y se impuso una misión clara: la liberación de los pobres a través de la revolución social, una revolución social que para Touris (2005) asentó sus consignas en conceptos de lucha de clase inspirados en el marxismo.⁵

En estos años tuvo lugar una suerte de diálogo entre cristianos y marxistas, un acercamiento que generó tantos promotores como detractores. Conrado Eggers Lan, máximo promotor en la Argentina del llamado diálogo entre cristianos y marxistas, decía no tener dudas de la compatibilidad entre ambas doctrinas. Para sustentar sus afirmaciones realizó una traducción de los principios marxistas adaptada a términos bíblicos y viceversa, donde introdujo aspectos de la retórica política de izquierda indicando que las oposiciones planteadas entre cristianismo y marxismo eran consecuencia del desconocimiento o de intereses exteriores a las doctrinas que preferían rechazar las coincidencias. Dicho diálogo, o más bien debate, fue recogido por algunas revistas como, por ejemplo: Oscar Masotta, “Cristianismo, catolicismo, marxismo”, *Discusión*, Año 1, N°2, Buenos Aires, 1963,

⁵ En Argentina 270 sacerdotes adhirieron al MSTM en su primer encuentro, realizado el 1 y 2 de mayo de 1968. Allí se formalizó el tercermundismo y se reforzaron las ideas de liberación nacional a través de la puesta en práctica de la Teología de la Liberación, una lectura teológica enfrentada al imperialismo y la explotación capitalista. En su segundo encuentro nacional, realizado en la localidad cordobesa de Colonia Caroya, participaron ochenta sacerdotes de veintisiete diócesis.

p. 2.; León Rozitchner, “Marxismo o Cristianismo”, *Pasado y Presente*, Año 1, N°2-3, Córdoba, 1963, p. 114.; Conrado Eggers Lan, “Respuesta a la derecha marxista”, *Pasado y Presente*, Año 1, N°4, Córdoba, 1964, p. 228.; Conrado Eggers Lan, “Cristianismo y Marxismo”, *Correo de CEFYL*, Año 1, N°2, Buenos Aires, 1962, tapa; y fundamentalmente *Cristianismo y Revolución*, creada por iniciativa del padre Carlos Mujica y dirigida por el ex seminarista Juan García Elorrio.⁶

Las revistas de filiación peronista, en general permeables a todo sincretismo teórico que les reportara acumulación política con voluntad de poder, receptionaron sin complejizar demasiado las consignas a un colectivo católico renovador no confesional movilizad por la miseria, el hambre y la marginación política del pueblo peronista. Por caso *Revista de la Liberación*; *Izquierda Nacional*, *El Popular*, *Democracia Popular*, *Pueblo Unido*, *Situación*, *Soluciones*, *Trinchera de la Juventud Peronista*, *Voz Popular*, *Militancia Peronista*, *De Frente*, *El Descamisado*, *Movimiento*, *Con todo*, *El Peronista*, *Lucha por la Liberación*, *La Causa Peronista*, *El Auténtico* o *Evita Montonera*, incorporaron sin conflicto los matices de un discurso que les resultaba afín.

Los tres grandes temas de debates en las revistas

Hubo tres grandes temas de debate que atravesaron las revistas. En primer lugar, el peronismo proscripto, su marginación política y la supuesta disponibilidad en que Perón había dejado a sus seguidores tras ser derrocado y emprender el exilio. En segundo término, el desarrollo/subdesarrollo y la crisis del capitalismo. Y, en tercer lugar, la creación de una vanguardia lo suficientemente pertrechada política y militarmente para conducir a las masas hacia el camino de la *Revolución/Liberación*.

1. El debate en torno al peronismo proscripto introdujo dos de los elementos ideológicos, políticos y sociológicos más novedosos de la época. Por un lado, las revistas consignaron una progresiva re-significación del peronismo como fenómeno de masas, revelando el *giro* de una importante fracción de jóvenes de clase media de origen anti-peronista. Y, por otro, la articulación conceptual entre peronismo, nacionalismo y marxismo. Recordemos que hasta entonces tanto la

⁶ Cristianismo y Revolución reunió a partir de 1966 militantes de agrupaciones católicas como Agrupación de Estudios Sociales de Córdoba, El Ateneo de Santa Fé, la JEC de Buenos Aires, propiciando el surgimiento de la organización político-militar Montoneros: Fernando Abal Medina, Emilio Maza, Norma Arrostito, Roberto Quieto, Roberto Perdía, Ignacio Vélez Carreras, Luis Rodeiro, José Sabino Navarro, Carlos Capuano Martínez, Mario Fermenich, entre otros. No obstante, en el staff de la revista aparecen (alternativamente): Juan García Elorrio, Jorge Bernetti, Miguel Mascialino, Luís Acuña, Miguel Grimberg y Casiana Ahumada; y como colaboradores Agustín Acuña, Gerardo Duejo, Sofía Galíndez, Luís García Guevara, Ernesto Herrera, Pedro Kotsch, Olga Hernández, Eduardo Lamarca y José Eliashev.

literatura como la incipiente producción sociológica liberal—Borges, Ghioldi, Germani entre otros—formal o informalmente habían concebido al peronismo como una expresión disruptiva y ajena a las tradiciones políticas argentinas, como una creación artificial, patológica, producto de la articulación demagógica de Perón. Sin embargo, dicha simplificación comenzó a perder credibilidad cuando una importante fracción del diverso arco anti-peronista cayó en la cuenta que la fidelidad de los sectores obreros al liderazgo de Perón era inalterable pese a los efectos del paso del tiempo y la batería represiva que pusieron en funcionamiento todos los gobiernos civiles o militares desde Leonardi (1955) hasta Lannuse (1973).

Durante la proscripción, buena parte de las revistas de la Nueva Izquierda hizo hincapié en la hipocresía e ilegitimidad de llamar democracia a un orden de gobierno que marginaba a las mayorías, y que se volvía insostenible en la medida que el arraigo peronista adquiría una magnitud proporcional a su gravitación en el devenir de la vida política nacional. Quizás por ello, entre 1956 y 1966, las revistas muestran una prolífica revisión crítica centrada en analizar la actuación de la clase media durante las gestiones de Perón. Para Carlos Altamirano (2001), dicha revisión era producto de un reposicionamiento positivo respecto del peronismo y de un sentimiento de mortificación y culpa por su origen pequeño burgués.⁷ Es importante subrayar que mientras Perón estuvo en el país, la identidad justicialista fue articulada desde la cúspide de manera monopólica y vertical. Pero una vez exiliado el líder, el movimiento parecía haber quedado virtualmente acéfalo, dando lugar a un debate o disputa conceptual que buscó desentrañar la naturaleza misma de las masas trabajadoras identificadas hasta allí con Perón.

Es posible identificar dos grandes grupos de revistas de origen marxista que se detuvieron intensamente en dicho debate, y que desde argumentos disímiles fueron arribando a las mismas conclusiones. Por un parte, hubo publicaciones como *Pasado y Presente*, *Nueva Conciencia*, *Socialismo de Vanguardia*, *Vanguardia Revolucionaria*, *Diógenes*, *Fichas de Investigación Económica y Social*, *Cuadernos de Crítica*,

⁷ Las disidencias respecto de la proscripción del peronismo no sólo generaron turbulencias en el ámbito intelectual de origen liberal sino también fracturas en el arco partidario antiperonista. Recordemos, por ejemplo, en 1957 la división de la UCR entre Balbín (UCR del Pueblo) y Frondizi (UCR Intransigente); lo mismo que el viejo Partido Socialista (PS) que sufrió en 1958 una primera división entre PS Democrático y PS Argentino, liderados por Américo Ghioldi y Alfredo Palacios respectivamente, y que en 1963 registró nuevas fracturas entre PSA de Vanguardia y Movimiento de Liberación Nacional. A su vez, de una de las escisiones del PS surge Vanguardia Comunista de orientación maoísta, al igual que el PC Revolucionario (PCR). El trotskismo tampoco quedó ajeno a la crisis que generó su marginación y en 1965 el grupo de Nahuel Moreno fundó junto con el FRIP de los hermanos Santucho al Partido Revolucionario del Pueblo (PRT), que posteriormente se dividirá en dos. Los motivos de las divisiones revestían particularidades, pero todas tenían en común la crisis en las tradiciones partidarias y la problemática irresuelta de la exclusión política que sufrían las masas trabajadoras peronistas.

Debate, Revista de Problemas del Tercer Mundo, Antropología del Tercer Mundo, Cuadernos de Polémica, Discusión, Chau, Esto Es, Nuevos Aires, Nueva Política, Nueva Presencia o Propósitos, que se abocaron a una sofisticada y abstracta elaboración teórica del militante peronista, al cual se acercaron desde categorías apriorísticas que fueron construyendo una figura prototípica e idealizada en tanto objeto y sujeto de un proceso revolucionario supuestamente en ciernes. Siguiendo esta línea interpretativa, el mérito y la singularidad de Perón radicaba en haber logrado que las masas obreras le cedieran su conducción política. Y el interrogante a descifrar era ¿cómo lo había logrado? Quizás la dificultad para responder ese interrogante alentó sospechas, comportamientos contradictorios, tensos, distantes, pero deslumbrados de este colectivo ante el liderazgo de Perón. Por ejemplo, en 1965 Juan Carlos Portantiero, Hamza Alavi, Rodolfo Walsh y José G. Vazeilles, señalaban en la editorial de *Nueva Política* que uno de los problemas nodales del colectivo era resolver la tarea y la relación de la izquierda con el peronismo, algo que definieron allí con la necesidad de “[...] construir el partido revolucionario, y debajo de todo eso la pregunta ¿cómo nacionalizar realmente nuestra revolución?” (*Nueva Política*, 1965: 3).

Por otra parte, si bien revistas como *Izquierda Nacional, Militancia Peronista, De Frente o El Popular*, a través de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Hernández Arregui o Rodolfo Puiggrós, también analizaron el peronismo a través de basamentos marxistas, se identificaron sin muchas complicaciones como una expresión peronista de izquierda confluyendo más linealmente en la idea de crear una vanguardia que promoviera soluciones contundentes y de continuidad. Los denominados autores del nacionalismo marxista, marxismo nacional o izquierda antiliberal creían que la secuencia histórica había colocado al peronismo en un camino irreversible de nacionalización de la conciencia obrera frente a la dominación oligárquico-imperialista. De hecho, rechazaron todo análisis sociológico liberal que atribuyera fibras fascistas al régimen presidido por Perón entre 1946-1955, pues consideraban el fascismo un fenómeno propio del capitalismo avanzado y de una sociedad con vocación imperial. Más bien veían en Perón una expresión burguesa del nacionalismo militar, autoritario y opuesto tanto al liberalismo como al comunismo.⁸

⁸ Así se desprende de *Historia crítica de los partidos argentinos* (1956) o *El proletariado en la revolución nacional* (1958), ambas de Puiggrós; y en los trabajos de Ramos: *América Latina: un país, Crisis y resurrección de la Literatura Argentina* y *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, textos publicados en 1949, 1954 y 1957 respectivamente. A estos textos hay que agregar *Nacionalismo y Peronismo, Imperialismo y Cultura* (ambos de 1957) y *La formación de la conciencia nacional* (1960) escritos por Juan José Hernández Arregui, como el grupo de ensayos histórico-sociológicos que lograron mayor recepción en los ámbitos universitarios y se

En efecto, estas revistas y otras publicaciones ensayísticas de la época muestran gran preocupación por la relación entre izquierda y peronismo, entre nacionalismo y marxismo, entre intelectuales y pueblo, pero por sobre todas las cosas por la agobiante marginación político-electoral que los empujaba a la acción directa desde la esfera extra-institucional. En especial a partir del 28 de junio de 1966, tras el golpe de Onganía y la suspensión total de las actividades políticas, la dictadura condujo a un callejón sin salida a todas las fuerzas que resistían la acción autoritaria. De este modo, las revistas fueron fortaleciendo dos ideas. En primer lugar, el gobierno de facto es el adversario común a combatir, tanto por las fuerzas políticas progresistas como de izquierda. Y, en segundo término, las Fuerzas Armadas son el factor determinante que se interpone entre el pueblo y su legítimo derecho a decidir. Por último, sólo las armas restituirían el poder al pueblo.

2. El segundo de los grandes temas de debate que atravesó las revistas de la época fue el subdesarrollo y la crisis y del capitalismo. Fernando Cardoso y Enzo Faletto en 1966 publicaron *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, una investigación de referencia que sintetizó una serie argumental muy típica de la época: la explotación y el dominio de ciertas formas económicas sobre otras permiten a los países centrales gozar de los beneficios y mantener el subdesarrollo en la periferia. Dicha dominación sólo se rompería acabando con la naturaleza de las relaciones desiguales e imponiendo una justa reciprocidad. Para ello era necesario romper los lazos entre las metrópolis extranjeras y las burguesías locales que oficiaban de socios internos, y desplegar así una estructura político-económica adecuada al desarrollo. Pero la pregunta irresuelta era ¿cómo iban a romperse los lazos de dominación con las metrópolis? ¿Por la vía pacífica y gradual o por la vía revolucionaria y radical?⁹

Un artículo de Jorge Graciarena titulado “Dos alternativas políticas del desarrollo: Cambio gradual o Revolución”, publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N° 1 (enero-marzo) 1961, p. 18; señala que a diferencia del Siglo XIX y buena parte del XX, ya no había un único modelo ideológico para el

convirtieron en las referencias del revisionismo histórico que sobrevino tras el derrocamiento de Perón.

⁹ Las teorizaciones en relación al desarrollo-subdesarrollo de las sociedad tradicionales y modernas fue un tema de estricta actualidad para las revistas de la época, por caso ver: Torcuato S. Di Tella, “Tensiones sociales en los países de la periferia”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N° 1 (enero-marzo) 1961, p. 61-62; o Alfredo Dennis Parera (seudónimo de Milcíades Peña), “Gino Germani sobre C.W.Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego”, *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año 1, N° 2 (julio), Buenos Aires, 1964, p.40; Eliseo Verón, “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, Año 1, N° 2-3, Buenos Aires, 1962, p. 40; entre muchas otras.

desarrollo, sino dos, que suponían diferencias básicas en cuanto al modo de realizarlo:

El desarrollo implica dos alternativas extremas: cambio gradual o revolución; cuando el estancamiento es prolongado y la tensión interna se vuelve más intensa en una sociedad en desintegración, la probabilidad de un cambio revolucionario es mucho más alta; esta probabilidad parece estar ahora, en el mundo subdesarrollado, con tendencia a elevarse, lo que determina una serie de reajustes a nivel político.

El artículo de Graciarena homologaba así la opción revolucionaria con la gradual, en tanto respuesta válida en contra de la miseria. Bajo esta óptica, tanto la violencia revolucionaria como la democracia eran respuestas legitimadas por la necesidad primaria de lograr ciertas condiciones políticas aptas para el desarrollo.

En este sentido, tanto la revolución cubana como los movimientos de descolonización en Asia y África introdujeron discursos y repertorios armados que desembocaron en el auge de una filosofía de la liberación y un inusitado protagonismo del uso de la violencia como instrumento de transformación. La revolución cubana parecía confirmar que el desarrollo de los países atrasados no podía ser demorado, y que, si no se lo conducía por la vía democrática, llegaría violentamente. La irrupción guerrillera castrista agregó la idea de la contingencia histórica en las determinaciones objetivas del relato marxista clásico e incorporó el factor subjetivo como detonante de los plazos revolucionarios.¹⁰ De allí que la creciente audiencia de fracciones cultivadas de la clase media que leía *Gaceta Literaria*, *Plática*, y *Hoy en la Cultura*, comenzara a mezclarse con el público de *Situación*, *Soluciones*, *El Popular* o *Che*, que era más variado y que se mostraba cada vez más atraído por la idea de una vanguardia armada y por un peronismo revolucionario fruto de la explosiva combinación entre peronismo, marxismo, nacionalismo y las teorizaciones guerrilleras del Che Guevara, John William Cooke, y Régis Debray. Así, por ejemplo, en la editorial del primer número de la revista *Táctica*, Carlos Ávalos, Fernando Medinabeytia, Enrique Meisterra, Claudio Paz, Enrique Rodríguez, Néstor Spagnaro y Julián Axelman, afirmaban:

Porque creemos que las condiciones económicas, sociales y políticas nos aproximan presurosamente al terreno de las definiciones, porque estamos convencidos del valor histórico de la revolución argentina, aportamos

¹⁰ Uno de los textos que introdujo novedosas variables conceptuales sobre el subdesarrollo, la idea del centro, la periferia, el neocolonialismo y la lucha armada, fue *Los Condenados de la Tierra* de Franz Fanon (1961), cuyo aporte más significativo fue aplicar un desplazamiento conceptual de la tesis central del *Manifiesto Comunista*. Fanon, a diferencia del *Manifiesto Comunista*, no definía la contradicción principal del sistema capitalista en términos de clases—burguesía vs. proletariado—sino entre países—es decir, entre Metrópolis y Colonias, entre Imperialismo y Nación. Este desplazamiento se completó con la reivindicación explícita del uso de la violencia como método fundamental de resolución de antagonismos.

nuestra opinión militante al debate que se inicia en la izquierda en busca de la formación de una Vanguardia, tarea a la que convocamos no en función de una nueva división de fuerza, sino reagrupando programáticamente a los sectores revolucionarios. (Táctica, 1964: 2)

3. La creación de una Vanguardia Revolucionaria tuvo una presencia creciente en los debates de la Nueva Izquierda, por supuesto, esto visto desde la actualidad y conociendo el desenlace posterior de los hechos. Es posible inferir que en los diferentes proyectos de creación de una vanguardia armada confluyeran principalmente dos razones. En primer lugar, la permanente intervención autoritaria y violenta de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político. Y, en segundo lugar, la búsqueda de la eficacia que había logrado, por ejemplo, la experiencia cubana. Por un lado, la creciente intervención autoritaria y violenta de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político condujo no sólo a la radicalización sino a la paulatina anulación y desconfianza del plano político-electoral. De allí que la democracia y las elecciones fueran consideradas un engaño, una trampa aplicada por las clases dominantes para intentar perpetuarse en el poder, o como un mecanismo súper-estructural destinado a dilatar el proceso de inclusión y participación política de las clases subalternas. Cabe agregar a esta visión la impugnación que el marxismo hacía del sistema capitalista en su conjunto, al que consideraban manchado de sangre en su origen. De modo que, ante un sistema violento era legítimo responder con una violencia igualmente totalizadora, pero de carácter revolucionaria. En este sentido, el uso de la fuerza fue concebido como una respuesta a una violencia anterior, a una violencia largamente aplicada por las clases dominantes.¹¹

La segunda razón que habría justificado la creación de una vanguardia armada fue el deseo de eficacia obtenido, por ejemplo, por la experiencia cubana. La cubana fue una revolución diferente, tanto de la clásica leninista, como de la experiencia maoísta, no sólo porque logró transformar las estructuras productivas del sistema capitalista guiada por la idea del *Hombre Nuevo*—ese sujeto imaginario liberado de la enajenación y la explotación de la sociedad de consumo—sino por la novedosa estrategia aplicada: la teoría del foco o foquismo. El profundo sentido antiimperialista de la revolución cubana abrió un espacio de acercamiento entre

¹¹ Este argumento, esta creencia, en principio tenía sustento histórico: ningún proyecto original en la historia de los hombres se libró de la violencia, y por ello la violencia habría de inscribirse en el origen de la revolución socialista. Es decir, la lucha armada no habría sido una opción deseada sino ineludible. La diferencia que se postulaba desde las revistas en cuanto al uso de la violencia radicaba en que la acción de las guerrillas era una violencia liberadora, una violencia considerada justa, y que no sería el fin sino el medio para terminar con la explotación de los hombres.

marxismo y nacionalismo, funcionando de puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, dando lugar a la emergencia de un ala de izquierda dentro del peronismo.¹²

Con el correr de los sucesos las revistas expresaron cada vez con más vehemencia y urgencia razonamientos propios del Che en *La Guerra de Guerrillas* (1960), según los cuales no era necesario esperar mejores condiciones objetivas para la toma del poder, pues la formación de grupos revolucionarios bien preparados, con voluntad y decisión estarían posibilitados para vencer a un ejército regular. Se argumentaba entonces, como lo hacía Héctor Schmucler (1964), que “la revolución se debe realizar aun cuando las fuerzas productivas bajo el capitalismo pudieran tener un desarrollo indefinido, puesto que lo revolucionario es, sobre todas las cosas, la voluntad revolucionaria” (*Pasado y Presente*, N° 4: 288). O Ismael Viñas, quien decía:

Parece casi increíble que a esta altura se deba discutir sobre la violencia entre quienes dicen ser revolucionarios. Los revolucionarios no hacemos un culto de la violencia, pero tampoco somos herbívoros. Sabemos que el régimen no será derrotado pacíficamente, que los privilegiados no se dejarán despojar cortés y amablemente de sus privilegios. No es eso sólo: la reacción usa permanentemente la violencia. Para mantener la explotación de los trabajadores. Para impedir la labor de esclarecimiento. Para impedir que el pueblo participe de los derechos de la propia democracia burguesa. (*Liberación*, 1964: 4)

Entre 1959 y 1967 la experiencia armada cubana no sólo se impuso como el único caso latinoamericano que había conseguido resultados concretos, sino que los combinó con la idea de que la lucha armada representaba la más alta expresión de compromiso militante. Desde esa perspectiva, la lucha armada era la *praxis* misma del *ser/estar* haciendo la revolución. Asimismo, es posible que tomar las armas funcionara como una prueba de entrega absoluta, y despejara toda duda sobre la práctica intelectual estigmatizada como típicamente pequeño burguesa.

Sin embargo, la cohesión alrededor del *éxito* de la revolución a la cubana vivió una fuerte crisis a partir del 31 de julio 1967, tras la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Dicho evento, realizado en

¹² John William Cooke fue el primer y más original promotor de la izquierda peronista revolucionaria. Ex diputado peronista y representante de Perón en Argentina hasta 1959, tras escapar de prisión en 1960 se exilió en Cuba, donde vivió sin intermediaciones los detalles de esa revolución. Fidel Castro fue una influencia determinante para Cooke y los militantes peronistas más decididos, que a partir de allí consagraron la lucha armada no sólo como una opción viable, sino ineludible para retomar el poder. El discurso nacionalista popular que había incorporado Perón en Argentina, reforzó la idea de lo propio mientras que la experiencia cubana impulsó el valor de la acción, de la praxis revolucionaria cotidiana como el lugar real donde se producen los cambios y se constituye la vanguardia.

La Habana y dirigido por Regis Debray, marcó oficialmente una división hacia el interior del colectivo. El objetivo de la OLAS era convertirse en el instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. Allí la dirigencia cubana logró imponer su definición de lo que era una vanguardia y cuáles debían ser las líneas prioritarias de acción de las organizaciones o grupos considerados revolucionarios. Una vanguardia revolucionaria sería a partir de entonces una vanguardia armada, y un intelectual revolucionario un intelectual al servicio de la vanguardia política, es decir, un intelectual orgánico.

Desde entonces se activó una problemática de definiciones internas en cuanto a la auto-representación del rol intelectual, donde las revistas tensionaron lo que Gilman (2003) ha definido con la idea de la disputa entre el *crítico* y el *orgánico*. Si bien se trataba de dos representaciones muy cercanas en cuanto a filiación ideológica, compromiso político y convicciones humanistas, quedaron indefectiblemente distanciadas por la naturaleza de los vínculos establecidos con las estructuras partidarias, donde primó el pragmatismo, la acumulación y la concentración política. Frases muy típicas de la época como “la revolución lo único que necesita son revolucionarios”, o “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, grafican esquemáticamente cuál era el ánimo respecto al compromiso con la transformación social. De modo que, con la misma potencia que desde mediados de la década de 1950 comenzó una poderosa politización de los ámbitos de la cultura y una culturización de las prácticas políticas, desde fines de 1960 podemos observar como en las revistas operó una fuerza en sentido contrario. La acción concéntrica y anti-intelectualista de las tendencias armadas privilegió la acción por encima de las palabras, agudizando las diferencias entre quienes tenían como bastión de su función periodística la crítica con independencia de la línea política de su organización partidaria, y aquellos que subordinaban su pluma a los lineamientos instrumentales requeridos por la dirigencia del partido al que pertenecían.

Sin duda fueron años donde la violencia ocupó una penosa centralidad a escala planetaria. El 8 de octubre de 1967 fue asesinado el Che Guevara en la selva boliviana, exponiendo la dimensión que tenía para este hombre el compromiso con sus ideales. Tal es así que el Che Guevara, para la jerga guevarista no muere, cae, y revive como un ejemplo a seguir. “Hasta la victoria siempre” será la consigna imperativa impresa en la moral sobre-excitada del militante, cuyo sacrificio individual cobraba sentido en la medida que se convirtiera en un mensaje indeleble destinado a impregnar el espíritu de aquellos revolucionarios entregados a una praxis de transformación colectiva, donde se gritará victoria o se hallará la muerte.

El 4 de abril de 1968 fue asesinado el líder afro-americano Martín Luther King y poco después corrió la misma suerte Robert Kennedy. Paralelamente en las universidades norteamericanas de Columbia y Berkeley crecían las protestas contra el gobierno de los Estados Unidos que llevaba lanzadas ya en Vietnam más bombas que las arrojadas durante toda la Segunda Guerra Mundial. En mayo de 1968 comenzaron las revueltas obrero-estudiantiles en París, luego en Roma y Berlín. El 2 de octubre fueron masacrados más de trescientos estudiantes en la plaza Tlatelolco de México mientras reclamaban por una apertura democrática y prensa libre. Como era de esperar, las revistas relataron estos episodios encendiendo el contagio y la movilización social en Argentina, donde El Cordobazo (1969) y El Viborazo (1971) fueron quizás las expresiones más agudas y dramáticas de una efervescencia larvada e incontenible.¹³

En ese contexto de urgencia y abrumadora aceleración de los tiempos históricos, las significaciones elaboradas por las revistas consignan un amplio repertorio de representaciones conceptuales que van reforzando un encono binario, así como instalando una suerte de sesgo cognitivo respecto de la validez de los argumentos del adversario. De hecho, el adversario político comienza a ser descrito con rasgos de pertenencia y sociabilidad caducas, frecuentemente identificadas con una constelación de significantes antiguos, ajenos, opuestos y amenazantes de los propios. Las publicaciones, vistas en perspectiva, parecen ir delineando así una alteridad a la que será necesario e incluso urgente transformar, combatir o directamente eliminar y defeccionar.

Los efectos de la última dictadura y la transición a la democracia

El sub-período 1976-1983 registra un oscuro paréntesis de persecución, secuestros, torturas, desaparición, exilio y muerte, así como una abrupta y dramática interrupción de las experiencias sociales, políticas y culturales liberacionistas que latieron intensamente durante las dos décadas previas. Si bien el retorno de la democracia en diciembre de 1983 permitió reiniciar tímidamente las actividades que habían sido objeto de las más cruentas persecuciones, el terrorismo de estado trastocó las relaciones entre cultura y política, que no volvieron ya nunca a ser las mismas. La fecunda imbricación entre política y cultura desplegada durante los sesentas-setentas había cambiado, y en ello intervinieron varios factores; principalmente el terror infundido por la dictadura, la derrota de los proyectos

¹³ Ver, por ejemplo, Carlos Montano (1968) "Lo nacional y el nacionalismo", Kairós, Revista de cultura y crítica estética, Año 2, N° 5, Buenos Aires, noviembre, p. 32; o en "La política sindical de Fiat" (1964), C.I.A.S. Centro de Investigación y Acción Social, Año XIII, N° 130-131 (marzo-abril), Buenos Aires, p. 15; entre otras.

transformadores, la desaparición de 30.000 personas, y el exilio por razones políticas de más de medio millón; afectaron no sólo el horizonte creativo de los periodistas y editores, sino también la composición y las preferencias del público al que estaban dirigidas las revistas. La red de significaciones, creencias, gustos e intereses previos a la dictadura se cristalizaron en una serie de reminiscencias tácitamente vinculadas a un pasado juvenil, a lo irracional, lo romántico, lo utópico, lo clandestino, lo horroroso, lo traumático.

La ola democratizadora en clave burguesa, republicana y liberal que encarnó Alfonsín, no sólo desactivó el horizonte de transformación radical, sino que introdujo en el debate y la opinión pública una serie de clichés que lograron proyectar una visión idealizada hasta el extremo de las supuestas capacidades de la democracia como dique de contención a los conflictos que habrían conducido al caos y la violencia durante el período previo. El discurso democrático impactó plenamente en el proceso de reconfiguración de la izquierda y produjo una ruptura que se asentó, fundamentalmente, sobre dos grandes temas. Por un lado, el cuestionamiento a la lucha armada y la visión belicista de la política que habrían aplicado tanto las organizaciones políticas como las político-militares de izquierda. Y, por otro, la revalorización de la democracia como sistema válido para la resolución de conflictos.¹⁴

Por caso revistas como *La Ciudad Futura*, *Punto de Vista* y *Unidos* impulsaron una reconversión de posturas y contenidos fuertemente atravesados por la agenda presidencial y las innovaciones conceptuales introducidas por el Grupo Esmeralda, un grupo financiado por el gobierno cuyo objetivo era establecer un canal de interlocución generador de contenidos, confianza y legitimidad. El Grupo Esmeralda fue organizado por Meyer Goodbar y Eduardo Issaharoff, coordinado por Margarita Graziano y compuesto por Juan Carlos Portantiero, Emilio De Ípola, Carlos Nino, Daniel Lutsky, Gabriel Kessler, Claudia Hilb, Pablo Giussani, Sergio Bufano, Hugo Rapoport, Eva y Marcela Goodbar, Marcelo Cosin y Damián Tabarovsky. Allí participaron diversos intelectuales que se posicionaron a favor de una gestión que buscaba ampliar su base de apoyo y persuasión científico-técnica, ya que varios integrantes del grupo no sólo eran especialistas en ciencias sociales, sociólogos y politólogos, sino que hasta muy poco tiempo antes eran cuadros de

¹⁴ Con gran influencia del gobierno en la gestión del debate, el carácter de la democracia se consolidó bajo una visión institucionalista que enfatizó sobre aquellos aspectos procedimentales que ofrecieran garantías mínimas para el retorno a la vida pública de los perseguidos políticos y que garantizara el respeto de los Derechos Humanos de la ciudadanía.

izquierda que habían sufrido en el exilio una conversión ideológica tras la brutal experiencia del terrorismo de estado.¹⁵

El consenso alcanzado alrededor del pacto institucional y el imperio de la ley fue funcionalmente innovador para ese sector de la izquierda que compartía con Alfonsín la convicción de extirpar de su propia cultura política el autoritarismo, el verticalismo y las concepciones escasamente plurales en la construcción del orden y el poder. Sin embargo, si nos centramos específicamente en el registro de las revistas es sencillo advertir, como lo han hecho Patiño y Schwartz (2004), que durante la transición funcionó un diverso sistema de publicaciones que mayormente resistió la revisión crítica. A juicio de Patiño (2006), entre 1984 y 1987, las posiciones en el campo intelectual argentino se polarizaron y las revistas permiten identificar trayectorias muy distintas a la que predominó, por ejemplo, en *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista*. Este fue el caso de *Pié de Página* (1983-1985), *Mascaró* (1984-1986), *Praxis* (1983-1986) y *La Bizca* (1985-1986), que buscaron reconstruir las consignas marxista más bien clásicas. Por otra parte, algunas publicaciones de vida más o menos extensa como: *El Porteño* (1982-1993), *Nova Arte* (1978-1980), *Ulises* (1978), *Brecha* (s/f), *Crear* (1980-1984) y *El Ornitorrinco* (1977-1987), se reguarnecieron en la idea y la estética del compromiso. Mientras tanto otras revistas de existencia más efímera, como el *Molino de Pimienta*, *Contraprensa*, *El Despertador*, *Nudos* y *La Danza del Ratón* no avalaron el tenor crítico del marxismo y la cultura política de izquierda que proponían *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista* en tanto referentes de origen marxista, que tuvo en la revista *Unidos* su correlato para el caso de aquellos cuadros intelectuales vinculados al peronismo de la renovación.

Fue justamente la aceptación o el rechazo de la democracia en clave liberal la que configuró los reagrupamientos en un escenario post-dictatorial no exento de polémicas, cuestionamientos y acusaciones de traición. Recordemos que hasta aquí la izquierda marxista había despreciado compactamente la democracia, a la que consideraban un sistema ineficaz, útil sólo a los sectores burgueses dominantes que se servían de ella para perpetuar su dominación y privilegios. Por ello históricamente habían separado abstractamente la idea de democracia formal de democracia sustantiva. La primera de ellas anclada a una concepción capitalista-liberal y, la segunda, a una forma superior e ideal destinada al socialismo.

¹⁵ Cabe puntualizar que la relación entre el ala dialoguista y democrática de la izquierda y el gobierno de Alfonsín transitó dos grandes etapas. La primera de 1983 a 1987, caracterizada por el apoyo a las convicciones compartidas, en especial el deseo de terminar con un pasado autoritario, recuperar la esfera normativa jurídica e institucional, ampliar la pluralidad, la tolerancia, la participación ciudadana y reformar el Estado. Y la segunda etapa, de 1987 a 1989, signada por el cuestionamiento y la desilusión tras los alzamientos Carapintadas que devinieron luego en las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, cuya sanción generó desavenencias irreconciliables con el gobierno.

Para concluir, parece quedar claro, en primer término, que los proyectos revolucionarios que tanto vigor habían tenido en las décadas de 1960 y 1970 estaban ya en franca decadencia. Feinmann (1999) atribuye este hecho a la pérdida de actualidad que sufrieron las perspectivas filosóficas más vehementes de la modernidad: el marxismo, la literatura comprometida, la idea de totalidad, y el mandato de transformación del mundo a partir de la praxis del sujeto libremente comprometido. Y, en segundo lugar, en coincidencia con diversos estudios, Nun y Portantiero (1985), Lechner (1986), O'Donnell (1988), Lesgart (2003), Burgos (2004), Ansaldi (2006), Ponza (2010), Reano (2010), Gago (2012), entre otros, la Democracia se convirtió en el protagonista del debate periodístico, académico, político e ideológico de la época, desplazando la hegemonía que la Revolución había tenido desde fines de 1950.

Bibliografía básica

- Altamirano, Carlos 2001. *Bajo el signo de las Masas*. Buenos Aires: Ariel.
- ____ 2001. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.
- Beigel, Fernanda 2003. “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”. En *Utopía y praxis Latinoamericana*, vol. 8, número 20. Venezuela: Universidad del Zulia.
- Burgos, Raúl 2004. *Los Gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cardoso, Fernando Enrique y Faletto, Enzo 2003. *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Catoggio, María Soledad 2016. *Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cavarozzi, Marcelo 2002. *Autoritarismo y democracia (1955-1966)*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Riz, Liliana 2000. *La política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires: Paidós.
- Di Tella, Torcuato S. 1961. “Tensiones sociales en los países de la periferia”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N°1, enero-marzo.
- “Editorial” 1964. *Táctica*, N° 1. Buenos Aires.
- “Editorial” 1965. *Nueva Política*. Año 1, N° 1, Publicación del Instituto de Estudios Argentinos. Buenos Aires.
- Eggers Lan, Conrado 1964. “Respuesta a la derecha marxista”. *Pasado y Presente*, Año 1, N°4, Córdoba.

- ___ 1962. "Cristianismo y Marxismo". *Correo de CEFYL*, Año1, N° 2, Buenos Aires.
- Fanon, Franz 1961. *Los condenados de la Tierra*. París: Txalaparta.
- Feinmann, José Pablo 1999. *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel.
- Guevara, Ernesto 1960. *La Guerra de Guerrillas*. La Havana: MINFAR.
- Gilman, Claudia 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Graciarena, Jorge 1961. "Dos alternativas políticas del desarrollo: Cambio gradual o Revolución". *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, N° 1.
- Hilb, Claudia y Daniel Lutzky. 1984. *La Nueva Izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Masotta, Oscar 1963. "Cristianismo, catolicismo, marxismo". *Discusión*, Año 1, N° 2, Buenos Aires.
- ___ 1959. "La fenomenología de Sartre y un trabajo de Daniel Lagache". *Revista Centro*, Tercer Trimestre, N° 13, Buenos Aires.
- Montano, Carlos 1968. "Lo nacional y el nacionalismo". *Kairós*, Revista de cultura y crítica estética, Año 2, N° 5, noviembre, Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo 1997. *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Barcelona: Paidós.
- Ollier, María Matilde 2005. *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Eduntref.
- Patiñ, Roxana 2006. "Revistas literarias y culturales argentinas de los 80". En *Ínsula*, n° 715-716. Barcelona.
- Patiño, Roxana y Schwartz. Jorge 2004. "Introducción". En *Revista Iberoamericana*, n° 208-209. Pittsburgh.
- Peña, Milcíades (Alfredo Dennis Parera) 1964. "Gino Germani sobre C.W.Mills o las enojosas reflexiones de la paja seca ante el fuego". *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año1, N° 2 (julio), Buenos Aires.
- Ponza, Pablo 2010. *Intelectuales y Violencia Política*. Córdoba: Editorial Babel.
- ___ 2014. "De la revolución armada al pacto democrático: cambio de paradigma en el grupo Pasado y Presente". En Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (coord.). *América Latina. Tiempos de violencias*. Buenos Aires: Ariel.
- Rodríguez Alcalá, Hugo 1960. "Existencia y destino del hombre". *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Quinta época, año 5, N° 1, (enero-marzo), Buenos Aires.
- Rozitchner, León 1963. "Marxismo o Cristianismo". *Pasado y Presente*, Año 1, N°2-3. Córdoba.

- Schmucler, Héctor 1964. "Problemas del Tercer Mundo", *Pasado y Presente*, Año 1, N° 4. Córdoba.
- S/F. 1964. "La política sindical de Fiat", C.I.A.S. Centro de Investigación y Acción Social, Año XIII, N° 130-131 (marzo-abril). Buenos Aires.
- Sigal, Silvia 1991. *Intelectuales y poder en Argentina. La década del 60*. Buenos Aires: Puntosur.
- Schvarzer, Jorge [Jorge Sagastume] 1965. "Buenos Aires, vida cotidiana y alineación". *Fichas de Investigación Económica y Social*, Año 1, N° 5 (marzo), Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio 1996. *El marxismo olvidado en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Terán, Oscar 1993. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Touris, Claudia 2005. "Neo-Integralismo, denuncia profética y Revolución". *Prismas, Revista de Historia Intelectual*. Año 9, N° 9, Buenos Aires: Universidad de Quilmes. 232.
- Verón, Eliseo 1962. "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía*, Año 1, N° 2-3, Buenos Aires.
- Viñas, David 1961. "Un cross a la mandíbula", entrevista de Franco Moggi. *Che*, Año 1, N° 7, Buenos Aires.
- Viñas. Ismael 1964. "Editorial". *Liberación*, Año 3, N° 23, Buenos Aires.